

RODRÍGUEZ VALLS, FRANCISCO - DIOSDADO, CONCEPCIÓN - ARANA, JUAN (eds.), *Asalto a lo mental. Neurociencias, consciencia y libertad* (Biblioteca Nueva, Madrid, 2011). 240 pp., ISBN: 978-84-9940-246-8.

Desde octubre de 2008, la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla asiste a la reedición anual de un simposio que reúne a investigadores procedentes de distintas latitudes. El *núcleo duro* del grupo lo constituyen los miembros del seminario permanente «Naturaleza y libertad». El presente volumen reúne la versión escrita de las distintas contribuciones presentadas a la tercera edición del simposio («Cerebro, consciencia y libertad», 29 de octubre de 2010). Intención explícita del trabajo es presentar un conjunto de perspectivas tanto interdisciplinares como interdoctrinales, para así «ofrecer al lector la posibilidad de asumir de un modo vivo y crítico el estado de la cuestión» (Introducción, p. 12). Será conveniente, pues, repasar los puntos de vista expresados en los distintos capítulos para evaluar hasta qué punto se cumple dicha intención programática.

El volumen se inaugura con la contribución de Juan Arana («¿Y qué es una máquina? Consideraciones críticas sobre las teorías materialistas de la conciencia», pp. 13-44). Con Descartes, el autor considera 'material' aquello que puede venir deducido de la idea clara y distinta de extensión y 'mecánico' lo extenso y movable en virtud de la inercia, la impenetrabilidad y las reglas del choque. Este planteamiento hace inevitable reconocer la distancia ontológica entre materia y mente. Tal distancia no brota de una arbitraria sistematización teórica, sino de una dualidad, consistente en la tensión entre el punto de vista que la percepción ofrece sobre el cuerpo y el que la introspección facilita respecto del yo consciente. De todo ello brota la tesis básica del capítulo: «O hacemos de la materia una noción precisa y renunciamos a derivar de ella el pensamiento, o bien convertimos la materialidad del pensamiento en una premisa y entonces transformamos la materia en una especie de *ápeiron* del que, como quería Anaximandro, puede surgir cualquier cosa» (p. 21). Sobre esta base analiza dos enfoques básicos en la investigación de corte materialista, a saber: el

que se vehicula en el cauce abierto por el estudio de la inteligencia artificial y el que lo hace a partir del análisis neurocientífico.

La estructura del segundo capítulo («La plasticidad cerebral y la búsqueda del sentido de la propia existencia», pp. 45-59) es triádica. Concepción Diosdado se propone en él afrontar «la capacidad que cada cual tiene de moldear su propio cerebro en función de sus valores, de sus experiencias y de lo que vive día a día» (p. 46). De ahí que comience por exponer las bases neurobiológicas de la plasticidad cerebral, por un lado, y la noción de 'valor' y su conexión con la búsqueda de sentido y el reforzamiento del proyecto vital, por otro —tarea esta última en la que se hace ayudar por Max Scheler (especialmente a partir de *El puesto del hombre en el cosmos*) y por Viktor E. Frankl (*El hombre en busca de sentido*)—. Parte de la tarea de la neurofilosofía consiste, justamente, en sentar las bases teóricas que permiten enlazar ambos modos de experiencia; lo cual, sostiene Diosdado, trae consigo rendimientos prácticos de gran alcance existencial.

El proyecto de Luciano Espinosa en el tercer capítulo («Conciencia y libertad como praxis evolutiva», pp. 61-79) consiste en reflexionar sobre los niveles de la experiencia de lo humano «a través de la noción de *praxis evolutiva*, que no se limita a la filogénesis y se propone en cambio como una pre-teoría de la acción» (p. 63). Se trata de un empeño «fallido de antemano» (p. 74), debido a las dificultades empíricas inherentes a la investigación y, sobre todo, a nuestras estructurales limitaciones cognitivas. Todo ello, sin embargo, no nos exime de perseguir síntesis lo más completas posible. Espinosa despliega su programa en torno a dos núcleos temáticos: la noción de sistema complejo adaptativo —que imbrica múltiples subsistemas físicos, fisiológicos, psicológicos, ecosistémicos o culturales— y la reflexión sobre el nivel de conciencia que sienta evolutivamente las bases para la inhibición de comportamientos y, con ella, para la autodeterminación. Se trata de un círculo virtuoso y progresivo, que teje la trama de la apertura de la subjetividad al mundo y en el mundo.

La contribución de Karim Gherab-Martín («La relación entre determinismo y liber-

tad en la filosofía natural de Roger Penrose», pp. 81-87) se halla centrada en la relación entre las nociones de no-computacionalidad y aperiodicidad. La segunda, en los intereses de Penrose cronológicamente anterior, resultaría compatible con el determinismo y, a la vez, sería no computacional. Esta «narración epistémica» se correspondería con la genealogía intelectual de *The Emperor's New Mind* o de *Shadows of the Mind* mejor que lo hace aquella otra que arranca del uso, por parte de Penrose, del teorema de Gödel y sus proyecciones sobre la comparación entre la mente humana y una máquina de Turing. Sobre esta base se entiende cómo para Penrose «la libertad o libre albedrío no son conceptos opuestos al determinismo, sino a la computacionalidad» (p. 86).

El título del quinto capítulo, «El nudo del mundo. Metáforas y argumentos en relación con un problema intratable» (pp. 89-97), constituye una declaración de intenciones. Partiendo del optimismo científicista en torno al desentrañamiento de las dinámicas causales en la relación mente-cerebro, José Luis González Quirós centra su exposición en torno a un *Gedankenexperiment* de índole trascendental: «¿Cómo habrían de ser las mentes para que supiésemos de qué modo podríamos detectar su presencia directa? La pregunta tiene su importancia porque, como observó Schrödinger, la conciencia ha sido siempre experimentada en singular» (pp. 92-93). La exposición de las modalidades de vivencia a las que daría lugar la percepción directa de otras mentes lleva al autor a sendos absurdos conceptuales que refuerzan su tesis básica: el carácter elusivo del problema mente-cerebro para la objetivación científica, debido a la peculiar posición que la mente ocupa en el mundo.

A diferencia de las anteriores contribuciones, el sexto capítulo («El fatalismo en los procesos mentales desde Freud hasta nuestros tiempos», pp. 99-112) vehicula una tesis de índole materialista. Tras precisar el sentido del término 'fatalismo', Martín López Corredoira expone una interpretación fatalista-materialista de la obra de Sigmund Freud: «Hay un doble aspecto fatalista en el análisis freudiano: por una parte se desvela un rol de lo inconsciente mucho más impor-

tante del que se creía (...); por otra parte, se desvela que incluso la pequeña parte racional consciente que gobierna nuestras decisiones, dándonos la aparente impresión de que el «yo» elige libremente, también sigue unas leyes que marcan necesariamente el objeto de nuestros pensamientos» (p. 101). Frente al análisis freudiano, las descripciones topográficas de la mayor parte de los estudios neurocientíficos «parecen un tanto pueriles» (p. 102). No obstante, la última sección del texto se halla dedicada a mostrar varios ejemplos de análisis neurocientífico que servirían para negar la libertad humana.

El siguiente capítulo aborda monográficamente las aportaciones recientes realizadas por un relevante autor alemán, formado en la tradición continental y orientado hacia la filosofía analítica («Apariencia y realidad del yo: una aproximación crítica a la propuesta de Thomas Metzinger», pp. 113-124). José Ignacio Murillo desgrana los principales elementos de la *Self-Model Theory* de Metzinger y sus niveles de análisis para arribar a la 'autotransparencia del automodelo fenoménico' como fundamento del yo consciente y propiamente humano. Seguidamente presenta una serie de reparos a la propuesta metzingeriana, reparos que afectan a sus postulados epistemológicos y a la posibilidad de fundamentar desde ella un auténtico conocimiento del mundo.

En «La interpretación de la acción» (pp. 125-132), Ricardo Parellada parte del presupuesto de que la libertad constituye siempre una propiedad de las acciones; de ahí que a la hora de enjuiciar la relación entre cerebro y libertad se deba tener en cuenta las características estructurales de la acción humana. Entre esas características se encuentra su carácter *interpretable* con arreglo a distintos puntos de vista, que el autor sistematiza al hilo de las categorizaciones de Aristóteles, Cicerón y Tomás de Aquino. El análisis pone de manifiesto el carácter complejo de la acción humana, carácter que resulta inabordable desde experimentos neurofisiológicos centrados en movimientos corporales simples, desgajados del contexto que les otorga sentido.

El noveno capítulo («Crítica de Damasio al dualismo cartesiano», pp. 133-150) conec-

ta con el sexto en la orientación materialista de su tesis de fondo. A pesar del título, Marceliano Rodríguez Donís abandona en las primeras páginas el hilo conductor para exponer tesis spinozianas y centrarse en la genealogía crítica del dualismo. Se centra para ello en la interpretación de Aristóteles llevada a cabo por Pietro Pomponazzi y en el iatromecanicismo de Gómez Pereira.

En el siguiente capítulo («Emociones, cerebro y libertad», pp. 151-164), Francisco Rodríguez Valls parte de los tres principios de manifestación de la emoción expuestos por Darwin en 1873 para introducir la utilidad evolutiva de las emociones y vehicular su tesis específica, a saber: que «en el caso del ser humano, la conciencia tiene cierto dominio sobre la regulación de los afectos a través del hábito, y que son precisamente los hábitos los productos de la conducta humana que nos muestran con más claridad la libertad ejercida por el ser humano a lo largo de su biografía» (p. 153). La emoción constituye un mecanismo evolutivo orientado a garantizar la homeostasis y modulado, a su vez, por la configuración de los hábitos en una compleja interacción entre individuo, sociedad y medio. El *hábito emocional* vendría así a señalar un campo de intersección que permitiría comprender mejor nuestra estructura psicofísica; en efecto, «implica el trascendimiento del cuerpo en una dimensión personal que es fruto de la construcción de actos sucesivos de libertad» (p. 163).

En «Apuntes sobre la posible relación entre conciencia y libertad» (pp. 165-173), Francisco José Soler arranca de la constatación del escaso valor explicativo de las estrategias neurocientíficas al uso en relación con la modulación humana de la conciencia: «Si el ser consciente de algo se reduce a que se dé una determinada coordinación o sincronización en las descargas de un cierto número de neuronas, y si estos procesos se reducen a su descripción físico-química, entonces ¿por qué no quedarnos simplemente con las neuronas y sus descargas sincronizadas en un mundo sin conciencia?» (p. 167). Su tesis consiste en que la utilidad evolutiva de la conciencia tiene que ver con el hecho de que establece las condiciones necesarias para la deliberación práctica y, con ello, para la acción (libre).

El siguiente capítulo constituye la tercera entrega de la conversación que Pedro Jesús Teruel establece entre Sagredo, Simplicio y Punsetio, personajes en parte inspirados en el *Diálogo* galileano de 1632. En esta tercera Jornada («Unidad de la experiencia consciente y coherencia cuántica», pp. 175-197) se enfoca las condiciones de posibilidad de la conciencia reflexiva a la luz de la relación entre método trascendental, biología evolutiva y física cuántica.

Héctor Velázquez Fernández afronta seguidamente el planteamiento de las relaciones entre mente y cerebro llevado a cabo por un influyente autor vivo, John Searle («Causalidad, libertad y neurobiología: los ejes del problema mente-cuerpo», pp. 199-207). El reconocimiento del carácter significativo de los procesos mentales (semántico además de sintáctico) se aúna en la obra de Searle con la negación de todo dualismo ontológico (contemplando así la conciencia como producto orgánico), en un planteamiento cuya piedra de toque es el estatuto intencional-causal de la conciencia en la acción —una *dualidad no dualista* que, según Velázquez, nos deja «mucho a deber»—.

La última colaboración del volumen se halla dedicada a otro autor vivo e influyente, Daniel C. Dennett («Sujeto, conciencia y libertad. El enfoque naturalista de D. C. Dennett», pp. 209-232). Su autor, José Domingo Vilaplana, centra el interés de la propuesta del pensador estadounidense en su carácter pragmático, que le permitiría superar tanto los enfoques dualistas como los naturalistas ingenuos: la conciencia no constituiría un mero «hecho de la naturaleza, como la fuerza gravitatoria o la sinapsis neuronal, sino más bien un *aprendizaje*, algo sobrevenido y no prefigurado por la arquitectura neural» (p. 211); de modo análogo, «la libertad no es un principio operativo, no es una ley mental o cerebral, es ante todo un aprendizaje» (p. 232). En su presentación del materialismo dennettiano, Vilaplana suscita interesantes confrontaciones con planteamientos que previamente han aparecido en el volumen —como, por ejemplo, la defensa de la especificidad de lo subjetivo llevada a cabo por Searle y referida por Velázquez o el rechazo de la interpretación de la mente humana en clave de

mecanismo sostenido por Arana—. De este modo, el final del libro enlaza con las páginas anteriores en un bucle que mucho tiene de filosófica *búsqueda sin término*.

Este breve repaso a los puntos de vista y a las argumentaciones expuestas en los distintos capítulos permite corroborar hasta qué punto se ha cumplido la intención programática a la que hice referencia al inicio. La más que correcta edición, en el marco de la colección «Fronteras de la ciencia» de Biblioteca Nueva —de la que constituye el primer volumen— sirve de vehículo a una obra valiosa, centrada en la comprensión de la imagen que del ser humano arroja la actual investigación neurocientífica. Tal y como se señalaba en la Introducción, la pluralidad de perspectivas ha de servir al lector para «avanzar en el conocimiento de una problemática que no puede dejar indiferente a nadie seriamente interesado en la condición humana».—PEDRO JESÚS TERUEL.

KIERKEGAARD, SØREN, *La época presente* (Trotta, Madrid, 2012). 93 pp., ISBN: 978-84-9879-315-4.

*La época presente* (*Nuiden*) es una pequeña pieza de crítica cultural publicada por Søren Kierkegaard en 1846. El mismo año publicaría el monumental ensayo, *Apostilla concluyente no científica* que, como reza el título, son comentarios personales a una obra anterior, publicada en 1844 y también traducidas en la editorial Trotta, las *Migajas filosóficas*, cuya traducción fue obra del recordado Rafael Larrañeta.

Este pequeño ensayo que reseñamos forma parte de lo que se puede denominar su obra menor, sin embargo, es un texto muy sugerente porque en él aborda de un modo esquemático los cimientos de una filosofía de la cultura. No forma parte de los *Papírer*, tampoco de la obra de comunicación indirecta que se articula a partir de una compleja red de seudónimos. Tampoco se puede considerar un discurso religioso o cristiano. Constituye un acierto su publicación, porque da a conocer un aspecto del escritor danés un tanto desconocido, su dimensión de polemista y crítico cultural. Sin embargo, como es habitual en su prosa filosófica, no se limita al terreno

de lo anecdótico; trasciende lo categórico y desarrolla un conjunto de intuiciones que no sólo son válidas para su tiempo histórico, sino que, además, permiten comprender mejor aspectos de nuestra compleja contemporaneidad. Como en tantos otros textos, Kierkegaard se anticipa a su tiempo y su reflexión sobre su época, puede también aplicarse, en gran parte, a la nuestra.

El texto, publicado exactamente el día 30 de marzo de 1846, es la tercera parte de la obra titulada *Una recensión literaria* (*En Literair Anmeldelse*) y se trata de una recensión de la novela, *Dos épocas* (*To Tidsaldre*), escrita por Thomasine Gyllembourg, pero publicada anónimamente por su hijo Johan Ludwig.

El opúsculo kierkegaardiano viene precedido por una introducción de Manfred Svensson que también es el autor de la traducción y de las ricas notas que acompañan la bella edición de Trotta. Se trata de un texto breve, formalmente muy sugerente, con un estilo que intercala la reflexión filosófica con la aguda crítica cultural. Toma distancia de las debilidades de su tiempo y, sin voluntad de ser objetivo y menos neutral, desarrolla un diagnóstico de su *Zeitgeist*.

Subraya el culto al dinero como un dato fundamental de la vida de su tiempo. Algo, por cierto, que no resulta, para nada, alejado de nuestra situación. «El objeto del deseo —afirma— es el dinero, que, a su vez, también es una representación y una abstracción. En la época presente un hombre joven rara vez podría llegar a envidiar a otros sus capacidades, o su arte, o el amor de la bella mujer, o su fama; no, pero su dinero sí lo envidiaría» (p. 49).

Crítica el voraz materialismo y economismo que domina su tiempo y reivindica las cualidades espirituales de la persona. Reflexiona, también, sobre la crisis de pasión que sufren sus contemporáneos, su aburguesamiento e incapacidad de luchar por alguna idea. Muestra cómo la cultura de su tiempo ha perdido hondura metafísica, se mueve en un terreno frívolo y banal y evita, en cualquier situación, la indagación existencial y la preocupación de tipo metafísico.

«Las tareas existenciales de la vida —escribe el autor de *Temor y temblor*— han perdido el interés de la realidad, ninguna ilusión